

MUJERES EN LA CATEDRAL DE TUDELA: PAULITA MAGALLÓN Y RODRÍGUEZ DE LOS RÍOS (1797-1824)

Esteban ORTA RUBIO

estorta@hotmail.es

Durante siglos, las iglesias sirvieron como lugar de enterramiento de los fieles difuntos. La catedral de Tudela no fue una excepción y así lo mostraban las numerosas lápidas que jalonaban su suelo antes de que las reformas acometidas a principios del siglo XXI, las desterrasen en su mayoría. Este recinto sagrado –como tantas otras catedrales– ejerció una atracción especial entre linajudas familias que buscaron colocar en lugar preferente sus capillas funerarias. Una de ellas, los marqueses de San Adrián, consiguió situarla en uno de los ábsides del transepto. Efectivamente, el que linda con los muros que dan a la Plaza Vieja alberga la capilla dedicada a San Martín con un hermoso retablo renacentista.

Si nos adentramos en ella, descubriremos en la pared lateral izquierda una lauda sepulcral de piedra negra de Calatorao –igual que las columnas del retablo de Santa Ana– donde un epitafio con doradas letras recuerda que allí reposa el cuerpo de Paulita de Magallón, fallecida en Burdeos (Francia) sin haber cumplido aún los 27 años. ¿Quién era esta joven, desaparecida tan tempranamente? Era la única hija del Marqués de San Adrián, don José María Magallón y Armendáriz, cuyo fascinante retrato pintó Goya y que hoy podemos admirar en el Museo de Navarra.

NACIMIENTO Y ESTIRPE

Había nacido Paulita en Madrid, el 7 de mayo de 1797, en el suntuoso palacio familiar –hoy ya desaparecido– situado en la Carrera de San Jerónimo, y fue bautizada en la parroquia de San Sebastián, donde se habían casado sus padres y donde, a su vez, lo haría ella.

El padre, pertenecía a la alta nobleza navarra; ostentando el título de V Marqués de San Adrián, y entre sus numerosas propiedades destacaba el palacio renacentista que hoy alberga la UNED de Tudela, sin duda, una de

las joyas artísticas de la ciudad. La madre, María Soledad Fernández de los Ríos, poseía el título de marquesa de Santiago y, ya viuda, había contraído nuevo matrimonio con el Marqués de San Adrián. De familia muy rica, heredó dos palacios en Madrid, además de cuantiosos bienes, fincas en Flandes y una colección fabulosa de pinturas. A juzgar por el retrato de Goya y los testimonios contemporáneos, no era muy agraciada.

Los marqueses profesaban ideas ilustradas y reunían en su palacio una concurrida tertulia a la que acudían literatos de moda. Reparemos que el marqués tuvo toda su vida gran relación y amistad con el dramaturgo Leandro Fernández de Moratín, como demuestran las car-



*Nave central de la Catedral de Tudela.
Fotografía Jesús Marquina.*



tas que conserva el archivo familiar y que esperan un estudio que está por hacer.



Retrato de la Marquesa de Santiago por Goya (1809).
The Paul J. Getty Museum, Los Ángeles (EEUU).

propias casas. La diversión estaba garantizada, y casi todos los caballeros fumaban; muchos venían vestidos sucitamente y todos eran ruidosos, rudos en su trato y, hasta cierto punto, burdos. Estaba, sin embargo, considerada como la más elegante y a la moda..."

Aquí conoció a la joven, a quien dedica unos elogios que contrastan vivamente con lo que opina de la nobleza:

"Fui a la tertulia raramente, y siempre sólo por ver a la hermana del marqués, Paulita. (...) Es la única damita española de Madrid cuya conversación podría interesar un momento, a menos que se encuentre allí, desde luego, la muy educada hermana del Duque de Ribas (...) Paulita es la única persona de la familia de Santiago que podría haberme inducido a ir allí una segunda vez con alguna determinación, pero aquello me confirmaría de nuevo en la tosquedad y la corrupción de la alta sociedad española".

No era la educación y formas cultivadas sus únicos encantos. Destacaba, también, por la hermosura y dulzura de carácter. Todas las fuentes lo afirman y coincide con ellas el joven norteamericano prendado de la joven aristócrata.

"Paulita es una de las más dulces y más interesantes criaturas del mundo, -joven, bella como una sibila, llena de genio y entusiasmo- y que desinteresadamente rehusaba casarse porque ella quería guardar su fortuna, que es inmensa, en sus propias manos y remitía sus ingresos a su padre que está en el exilio."

No obstante, las cartas entre el padre y la hija, que guarda el Archivo del Marqués de San Adrián, dan una visión menos romántica. Muestran a la joven con bastantes dolencias. Padeecía mucho de las muelas y, así mismo, la primavera le producía alergias que acababan en molesta conjuntivitis. En invierno, como el resto de pobres mortales, sufría de sabañones. Su padre, le dice con sorna: *"El mejor ungüento es la primavera"*. Esto me recuerda un dicho de la Ribera: *"Los sabañones se curan con polvo de trillo."*

PAULITA Y TUDELA

El historiador tudelano, Gonzalo Forcada, en una conferencia pronunciada el 8 de mayo de 1997 y basándose, en parte, en las cartas personales cruzadas entre el marqués y su hija, reconstruye la relación que tuvo con Tudela.

Desde su nacimiento en 1797 hasta la Guerra de la Independencia, aunque residía en Madrid, puede que visitase Tudela en los veranos. Luego, durante el conflicto, su padre, viudo desde 1807, entró al servicio de José Bonaparte y fue nombrado Primer Maestro de Ceremo-

EDUCACIÓN Y VIDA SOCIAL EN MADRID

La educación de Paulita hubo de ser esmerada si tenemos en cuenta los gustos paternos y las posibilidades que confería su estatus. Así lo evidencia un contemporáneo, el hispanista norteamericano y profesor en Harvard, George Ticknor (1791-1871), autor de *History of Spanish Literature*, que en su "tour" por Europa pasó varios meses en Madrid en el verano de 1818, y donde fue invitado al palacio del Marqués de Santiago, hermanastro de Paulita. Encontramos la descripción de la tertulia en *Life, letters and journals of George Ticknor* publicado en Boston en 1876.

"La casa del Marqués de Santiago era la más fielmente española que estaba abierta a los extranjeros en Madrid (...). En su casa, la tertulia se reunía cada noche entre diez y once, y estaba compuesta por los cabezas de mayorazgo que consentían salir de sus



nias de la Corte. Tras la derrota de las tropas francesas en Vitoria, 1813, padre e hija partieron hacia Tudela para arreglar sus asuntos antes de marchar al exilio en París.

Una vez allí, la caída de Napoleón y la vuelta al trono de Fernando VII hizo concebir esperanzas al marqués de poder regresar a España. Sin embargo, el decreto de 30 de mayo de 1814 fue una gran decepción pues sólo permitía volver a los menores de 20 años. Paulita dejó París y regresó a Tudela a primeros de julio de aquel año donde permaneció hasta el 17 de octubre de 1815. No sabemos cómo sería recibida la aristocrática joven entre la sociedad tudelana. Parece que su mejor amiga fue Pepita Elío, una mujer todavía joven, hija de los marqueses de Vesolla y casada con el coronel Joaquín Aperregui. Este matrimonio habitaba la casona de los Aperregui que forma esquina con la Rua y la plazuela de San Nicolás y que durante la guerra había servido de alojamiento y punto de reunión de importantes personajes franceses. Ambas mujeres estaban fascinadas con la cultura francesa y ambas dominaban esa lengua.

Por los gastos realizados por Paulita vemos que asistía a representaciones teatrales, aunque la mayoría de dispendios provenían de vestidos, sortijas, aderezos y, sobre todo, zapatos. Forcada informa que hay constancia de haber adquirido, ya fuese en París o en Tudela, 59 pares de zapatos en poco más de año y medio. Incluso conocemos sus tiendas preferidas en Tudela. Una de ellas estaba en la Plaza San Jaime y la regentaba el baztanés José Inda. Allí compraba pañuelos, guantes, sortijas de oro y —llama la atención— una docena de “pantalones de cabritilla”. Los zapatos, los hallaba en el establecimiento de José Pablús, en la Rua.

CASAMIENTO

Durante su estancia en tierras navarras supo que había recaído en ella el título de Marquesa de Castelfuerte, cuando apenas contaba 18 años. Tan importante acontecimiento la llevó a trasladarse a Madrid, abandonando definitivamente Tudela. En la capital se instaló en el palacio de su hermanastro y como Marquesa de Castelfuerte asistía a todos los eventos de la noche de Madrid y pronto, su belleza, títulos y propiedades, atrajeron una lluvia de pretendientes. Es el momento en que la encuentra Ticknor, el hispanista arriba citado. Por otra parte, la revolución de Riego en 1820 y la implantación del sistema constitucional en España permitieron a su padre volver del exilio francés a Tudela tras la amnistía promulgada.

A su vez, las nuevas circunstancias propiciaron que Paulita contrajese matrimonio con el conde de Sástago, Joaquín María Fernández de Córdoba, perteneciente a una de las más linajudas familias de Aragón. La boda se celebró en la iglesia de San Sebastián de Madrid, el 15 de mayo de 1822. Contaba la novia 25 años y el novio, dos menos que ella.

Todo parecía ir sobre ruedas y más al confirmarse el embarazo de Paulita. Pero los acontecimientos políticos se precipitaron arrastrando a la familia en su torbellino. El régimen constitucional instalado durante el Trienio Liberal acabó abruptamente con la entrada en España de los Cien Mil Hijos de San Luis que, en 1823, repusieron el absolutismo. Precisamente, en agosto de aquel año nacía el esperado hijo, pero el marido no pudo asistir al parto, pues al ser ardiente liberal y miembro de la Milicia Nacional, temeroso de ser detenido, había marchado a Francia. Por el contrario, el marqués de San Adrián, a pesar de las circunstancias del momento, acudió solícito a Madrid para estar al lado de su hija.

EL FINAL

Vista la situación, Paulita abandonó pronto la capital y emprendió con su hijo el largo viaje hasta Burdeos donde se había establecido el conde de Sástago. A partir de ese momento todo pareció acelerarse. El 20 de diciembre de



Capilla de San Martín de la Catedral de Tudela.
Fotografía Jesús Marquina.



1823, a poco de llegar, falleció el bebé en circunstancias extrañas y ella enfermó de gravedad. Se avisó al marqués, que estaba en Tudela. Quiso éste salir inmediatamente, pero encontró graves dificultades para conseguir el pasaporte. Al fin, llegado a Burdeos, aún pudo ver con vida a su hija, pero la enfermedad se agravó de tal forma que falleció cinco días después, un 22 de abril de 1824. Al funeral asistieron cientos de personas, entre ellas muchos exiliados que residían en la ciudad. Por cierto, la casa donde falleció Paulita se hallaba en la calle *Fossès de l'Intendence*, la misma calle donde cuatro años después murió Goya.

Tanto el joven esposo como el Marqués de San Adrián quedaron rotos por las desgracias, pero ambos, de común acuerdo, decidieron embalsamar los cadáveres y trasladarlos a Tudela para enterrarlos en la cripta que el mayorazgo poseía en la catedral. Pero todo fueron dificultades. Al dolor de las muertes se unieron los engorrosos trámites burocráticos entre ambos países, agravados por la situación de los emigrados. De las tristes circunstancias que vivieron da fe el *Epistolario* de Fernández de Moratín, también exiliado en Burdeos, quien en carta a Juan Antonio Melón, el 24 de mayo, escribe:

"La (carta tuya) que he recibido últimamente se la hice leer al bueno de San Adrián, que agradeció mucho tu memoria, y me encargó que te dijera mil cosas de su parte. Él y su yerno están embrolladísimos y atolondrados con lo que les ha caído que hacer, de resultas de la muerte doña Paulita. Hay fortuna que son muy amigos, proceden muy de concierto y

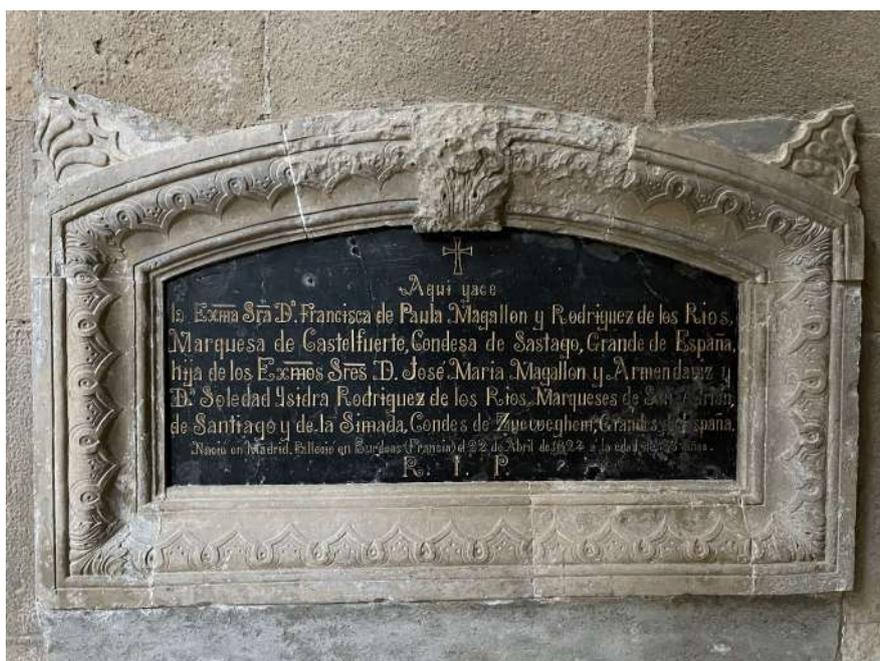
no es pequeña también la que han tenido de ponerse en manos de Silvela; que en verdad que no hubieran podido hallar, ni aquí, ni en otra parte, hombre más inteligente ni más puro a quien encomendar sus negocios".

Mientras tanto el administrador del marqués en Tudela había conseguido del cabildo catedralicio permiso para abrir un nicho en la pared de la capilla de San Martín, pues el atribulado padre no consentía que aquellos restos tan queridos reposasen bajo tierra. Tras lento y complicado viaje, con parada en San Sebastián, y después de atravesar Navarra de norte a sur, llegaron los cuerpos a Tudela el 28 de noviembre de 1824. La capilla ardiente fue instalada en el palacio de los San Adrián, y el sepelio, con toda solemnidad, se realizó al día siguiente.

Así acabó la existencia de Paulita de Magallón, aquella joven prometidora, cuya belleza, prendas y cultura habían sorprendido al célebre Ticknor. Vida corta, pues aún no había cumplido los 27 años.

Su padre, el marqués, le sobrevivió bastantes más pues falleció en 1845, después de recuperar en 1827 su cargo cortesano de gentilhombre de palacio. En cuanto al conde de Sástago, superada la tragedia, volvió a casarse con una sobrina de Paulita, María de la Soledad, hija mayor del hermanastro. Murió en 1857. 

El autor es catedrático de EE. MM. de Geografía e Historia.



Nicho con lápida de Paulita. Fotografía J. Marquina.